

I

Acrílico y vidrio

Una mosca, recién atrapada en la tela de araña, mientras la araña, repleta de haber comido, tarde en llegar, puede pasarla bastante bien si se relaja mientras espera. Los hilos son de una suavidad casi intangible, acompañan sin trabar cada movimiento del cuerpo, mientras no sea muy brusco. Es como estar tirado en una hamaca, en vacaciones, sin otra cosa que hacer que mecerse en la brisa y mirar el azul del cielo con los ojos entrecerrados. Sí, sí, podría quedarme toda la vida así tirado. Y si no me muevo demasiado estos hilos ni se sienten, son tan tenues, es como si flotara de espaldas en el aire. Sí, sólo se hacen reales cuando trato de zafarme.

No había conseguido librarme de esa imagen en toda la mañana; la tenía conmigo hora tras hora mientras tratando de levantarme me revolcaba entre las sábanas que a último momento siempre lograban envolverme; y cada vez que tras de uno de esos laboriosos y confusos razonamientos del entre-sueño matinal estaba a punto de convencerme de que no había nada de qué preocuparse, que no era más que otra entrevista laboral, la imagen de la mosca volvía a posarse en mi cerebro.

Quizás fue la hora a la que recibí el aviso, las once de la noche, seguramente el hecho de que en lugar de convocarme por teléfono o mandarme un correo electrónico vinieran hasta mi departamento y me tocaran el timbre —ni siquiera el

portero, el timbre. El tipo al que le abrí la puerta era ancho y musculoso como una grupa de caballo trajeada, llevaba el pelo entrecano y los bigotes hirsutos recién recortados, anteojos espejados a pesar de la hora y los zapatos caros con una de cuyas puntas trabó discretamente la puerta para que no pudiera cerrársela en la cara. Un servicio, claro; pero demasiado bien mantenido para ser de la SIDE o el ejército; parecía más bien uno de los tantos que en el último tiempo se habían privatizado. Me alargó un sobre abierto, de cuyo interior saqué una tarjeta: “El Sr. Fausto Tamerlán tiene el agrado de solicitar su presencia el día 1° de junio de 1992 a las 10.00 hs. En su despacho. Torre Dorada, Edificio Tamerlán e hijos, Puerto Madero”. Parecía una invitación de casamiento.

—No faltes —dijo lacónico el matarife elegante cuando lo miré inquisitivamente—. Si no, voy a tener que venir a buscarte.

A lo largo de toda la mañana, desde las diez en punto, el teléfono había sonado a intervalos de quince minutos, una voz de secretaria dejando mensajes cada vez más urgentes en el contestador, los últimos casi ininteligibles por la nasalización de la voz y los hipidos del llanto, hasta que en el medio de una súplica entrecortada se interrumpió y una voz conocida la reemplazó en la línea. “Quince minutos”, dijo apenas y cortó. Antes de que pasaran estaba peinado y vestido y navegando las calles de la ciudad en un 22 que parecía tener hilos pegajosos envolviendo todos los caños cromados, como si hace poco lo hubiera abordado un vendedor de algodón de azúcar, hasta tal punto que llegué a pensar que en lugar de levantarme había vuelto a quedarme dormido y seguía soñando con la tela de araña.

Conseguí asiento cuatro cuadras antes de bajarme, que agarré para no seguir pegado a los caños pringosos, y a través del vidrio verde de la ventanilla cerrada las vi, navegando el

cielo por encima del agua cautiva de los diques y los huecos galpones rojos y las grúas de cuello vencido: las torres gemelas de Tamerlán e hijos emergiendo altas, limpias y cristalinas como montañas de hielo, en un montaje tan incongruente que parecía generado por computadora. Las había visto innumerables veces antes, como todos los habitantes de la ciudad, pero siempre era como la primera, y necesitaba varios minutos para aceptar que realmente estaban ahí: menos irreales en el recuerdo que frente a frente, como si sólo la imaginación pudiera concebir que la extensión de aguas barrosas del Río de la Plata hubiera cristalizado en estos dos palacios de hielo sin mancha, que se habían convertido para todos los porteños en un nuevo símbolo de su ciudad, rivalizando incluso con el obelisco, insípido y primitivo en comparación. Para una ciudad que en más de cuatrocientos años no ha conseguido sobreponerse a la opresiva horizontalidad de pampa y río cualquier elevación considerable adquiere un carácter un poco sagrado, un punto de apoyo contra la gravedad aplastante de las dos llanuras interminables y el cielo enorme que pesa sobre ellas; y ahora yo estaba por convertirme en uno de los contados mortales que en sus vidas disfrutarían del privilegio de conocerlas por dentro.

Me bajé a la entrada de Puerto Madero y a pie comencé a recorrer la larga explanada que llevaba hacia ellas. De lejos, la profusión de soles invernales reflejada en sus innumerables ventanas espejadas las confundía en un bosque único, una estructura monolítica que por momentos parecía, más que un edificio levantado por hombres, una montaña acabada de nacer, inmaculada de erosión, empujada a través de la piel verde y tierna de la pampa por los retortijones subterráneos de algún cataclismo colosal. Pero a medida que me acercaba, con las manos en visera bajo las ramas desnudas de los jaca-

randáes, la uniforme cumbre de hielo se separaba en las dos agujas idénticas que la componían: dos navajas alineadas filo contra filo que dejaban entre ellas un espacio intolerablemente delgado y perfecto a través del cual el rebote del sol sobre la plancha incandescente del río irrumpía con una violencia cegadora, casi sobrenatural. Salvo por el color oro de una y plata de la otra eran tan perfectamente iguales que resultaba fácil imaginar que se trataba de una sola, apoyada contra un espejo gigante; un espejo de oro donde se reflejaba dorada la torre de plata, un espejo de plata para crear la hermana plateada de la torre de oro.

Esta última era la que me tocaba, pero estaba tan mareado por los reflejos que, por las dudas, miré una vez más la tarjeta antes de entrar. Era peor de lo que me esperaba. Había espejos en las paredes, espejos en el techo, espejos en el piso, espejos en los espejos. En rigor, decir *en* resulta inexacto: no había ni paredes ni techo ni suelo fuera de los espejos, no había sino espejos, y yo flotaba embebido en ellos como si la ley de la gravedad y los puntos cardinales hubieran sido de pronto anulados. Apenas me atreví a unos pasos y ya me encontraba convertido en una especie de pólipo entreverado y proliferante, un dios hindú de diez piernas y cien brazos y un sistema planetario de cabezas. Mirar hacia arriba o hacia abajo no era mejor; los revestimientos de piedra negra del piso, de obsidiana o piritita pulidas hasta la demencia, trataban de tragarme hacia un lago de una profundidad insondable, de la que me protegía apenas la delgada película de hielo que pisaba. Hay algo aterrador en los espejos negros: uno ve en ellos su propia cara como si estuviera inalcanzablemente lejos, como si lo mirara desde el otro lado de la muerte; y el cielo no ofrecía consuelo: encendido de fuego blanco por los reflectores potenciaba en lugar de mitigar la tenebrosidad del lago, multiplicándose el

uno al otro en un florecimiento de reflejos que casi impedía caminar. Envuelto por un torbellino de movimiento, como el único avanzando en cámara lenta a través de una filmación en cámara rápida, crucé las trayectorias de hombres y mujeres que como balas trazadoras corrían de un lado al otro, entraban y salían por puertas invisibles, convergían velozmente sobre sus formas reflejadas y a último momento, en lugar de estrellarse, su fundían con ellas y desaparecían. Al cruzarse se saludaban en un complejo ritual de insectos sociales, girando unos sobre otros en complicadas figuras de baile, algunos sacándose los anteojos espejados que la mayoría usaba y agitándolos en el aire al hablar. Parecía haber cientos, aunque era difícil decidir si se trataba de tantas personas o simplemente de la imagen de unas pocas repetida hasta el infinito en los cristales engañosos. Uno solo permanecía inmóvil, mirando fijo en mi dirección a través de sus anteojos espejados que ahora parecían dos escamas desprendidas de la torre y pegadas a sus ojos.

—Recibí tu mensaje —le dije amigable.

—¿Se puede saber qué te pasó?

—Me quedé dormido —contesté poniendo cara de sueño, aunque después del mediodía la excusa raramente resultaba.

—El señor Tamerlán es muy estricto en cuestión de puntualidad —anunció—. No tolera ninguna tardanza en sus empleados.

—Yo no soy su empleado —comenté.

—Pero yo sí —me retrucó, y sin volver a hablarme empezó a caminar hacia los ascensores, mientras yo lo seguía correteando detrás, sintiendo una vez más el conocido sabor a pantuflas en la boca. Cuando lo alcancé introducía una tarjeta magnética entre dos paneles, uno de los cuales se deslizó hacia un lado para revelar un ascensor enteramente transparente—. Sólo para quienes tienen acceso directo al señor Tamerlán —masculló,

dejándome apenas una ranura para pasar de costado—. Muchos esperan una vida sin usarlo —agregó, cargándome por los treinta pisos del viaje con un vago y a mi parecer algo injusto sentimiento de culpa.

En el camino pasaron ante mis ojos los sucesivos estamentos de la colmena de vidrio, y noté con asombro que la torre se *ordenaba* hacia abajo a medida que subíamos, la confusión demencial de los espejos dando lugar al orden geométrico del vidrio traslúcido, y enseguida me di cuenta de por qué: el techo espejado de cada nivel se volvía el piso transparente del superior, con lo cual la torre entera parecía estar creciendo a medida que subíamos, desplegándose piso tras piso cada vez más alta bajo nuestras suelas. A la velocidad que iba me resultaba difícil entender el plan general, la idea que la organizaba: debía tratarse de algo muy simple, para haber podido generar semejante complejidad.

El ascensor nos depositó —uso la palabra exacta, el piso se deslizó hacia adelante al llegar, con nosotros arriba— en un salón absolutamente sellado, donde arco iris de espejos en paneles triangulares se desplazaban con lentitud de moluscos, imbricándose unos con otros en cambiantes diseños de caleidoscopio. Mi guía introdujo la tarjeta entre dos de ellos, y silenciosa y armónicamente fueron alineándose hasta formar un largo pasillo que reproducía, de los más cálidos a los más fríos, los colores del espectro.

—No te preocupes por el camino. Las paredes te lo van a señalar. Saludos a Verraco, cuando lo veas —agregó y, permaneciendo inmóvil sobre el piso antes de que pudiera preguntarle, desapareció en el ascensor como una mosca en la lengua de un sapo. Evidentemente, habían hecho sus averiguaciones.

A medida que avanzaba por el pasillo las paredes se volvían a entrelazar a mis espaldas, por lo que no tenía más remedio

que seguir adelante. Desemboqué en un vestíbulo donde la agresión de los espejos era moderada por espesos tapices del Renacimiento en los cuales, como en cuadrillos de historieta, un ciervo era sucesivamente sorprendido, perseguido, alcanzado y se debatía mordido por los perros y atravesado por las flechas de los cazadores, agonizando en varios tonos de seda descolorida. Cuando me habló, lo hizo con la voz electrónica, sin emociones, de una computadora.

—Recuéstese, por favor.

Me incliné en un diván revestido de cuero negro tan blando que parecía fresco, y en el sillón haciendo juego a su cabecera se materializó una figura sentada. Antes que su sombra me llegó su olor, un olor a polvo soplado de libros viejos, a cenizas y a insectos muertos. Después lo vi reflejado en el espejo de la pared. Era un hombre de edad indefinida, pelo gris canoso y barba freudiana, anteojos gruesos y manos agarrotadas como las ramas de un rosal. Su tronco era macizo, un bloque de madera, pero piernas y brazos eran delgados como palitos, y con cuatro más hubiera quedado idéntico a una araña. Vestía pantalones de lana áspera y un saco de tweed pardo, abierto para que se destacara contra la tela dura y celeste de la camisa la culata asomada de un arma automática. Giré.

—Vuélvase, por favor —dijo, y descubrí que esa voz electrónica era la suya natural. Obedecí. Dos minutos pasaron en absoluto silencio.

—Vengo a ver al señor Tamerlán —expliqué, finalmente.

—¿Por qué?

—Él me llamó.

—¿Para qué?

—Supongo que necesitará de mis servicios —arriesgué.

—¿Cuáles?

–Especialista en seguridad de sistemas. Detección de anomalías. Redes telemáticas. Virus.

–Una palabra.

–Hacker –contesté sin dudar.

–El detector de metales –lo vi consultar apenas un comando incorporado al brazo de su sillón– indica un objeto extraño en su cabeza. Muéstrémelo.

–No puedo. Está adentro.

–Aclare.

–Un pedazo de casco. Un casco de soldado. Un recuerdo...

–Ya hablaremos de sus recuerdos en otra ocasión –me cortó. No movía los ojos, sino que giraba la cabeza entera, como los insectos, cada vez que buscaba algo con la vista. Encontró la mía.

–No me mire. La cita era a las diez. Son las doce y media. Explíquese.

–Tengo problemas para levantarme a la mañana –dije–. Por eso espero hasta el mediodía. Las mañanas me dan miedo. Todas las noches me acuesto pensando: “Mañana. Mañana voy a poder”. Pero suena el despertador –mejor dicho, me habla un programa despertador que diseñé– y me lleno de angustia.

–¿Qué lo angustia?

–Sentir que los peores terrores de la noche no son comparables al horror de una mañana común y rutinaria. El peso del día. Desayunar. Ver por la ventana. Salir a la calle. Tomar un colectivo. Una vez que lo estoy haciendo el temor desaparece, y hasta me resulta agradable y me llena de alegría. Pero mientras me debato entre las sábanas se me aparece todo aquello como la más terrible de las amenazas, y sufro horas hasta finalmente levantarme.

–Consecuencias.

—Cuando más tardo en hacerlo, más se hacen realidad mis temores, y el resto del día transcurre en una neblina de ojos hinchados y mal gusto en la boca, una sensación de caminar sobre algodones sucios de hospital; lo que no impide que al día siguiente sea el miedo a que esto vuelva a suceder lo que me obliga a permanecer más tiempo aún en la cama, revolcándome y maldurmiendo de a ratos; pasado cierto umbral sé que el día está arruinado y razono que cuanto más tarde me levante menos de esa ruina tendré que soportar, aunque por supuesto cada hora que le sustraigo al horror intensificará el dolor embotado de las que faltan. A la noche, por todo esto, tengo insomnio y no concilio el sueño hasta la llegada del día, que es cuando todo el ciclo recomienza. Estee... ¿me permite una pregunta?

—Sí.

—¿Usted es el guarda... encargado de la seguridad del señor Tamerlán?

—Sí. Soy su psicoanalista.

—¿Y el arma?

—¿Cuál?

—La palabra, no. La otra.

—Ah. Lo protege de sus propias fantasías.

—¿No es para matar personas reales?

—Encontrará que en el caso del señor Tamerlán esa diferencia no se aplica en absoluto. Sígame —dijo, y cuando se incorporó advertí que no pasaba el metro cincuenta de altura. Bamboleándose inseguro en sus dos piernas —la costumbre de usar las ocho— me condujo a través de un panel de espejo que se abrió y cerró tan fluida y silenciosamente como si atravesáramos una pared de mercurio.

De chico, uno de mis momentos favoritos junto al Coyote y el Correcaminos era cuando, entusiasmado por atrapar al

pájaro burlón, el Coyote seguía caminando confiado sobre el aire sin darse cuenta, hasta que el otro le señalaba el vacío bajo sus pies, y recién ahí, como si las cosas sólo pasaran cuando tomamos conciencia de ellas, empezaba a caer. Di mis primeros pasos en la oficina del señor Tamerlán con el mismo espíritu inocente, y luego tuve que agarrarme de una columna. A través del grueso vidrio en el que mis pies se apoyaban los otros veintinueve pisos de la torre se desplegaban ante mis ojos, creciendo en abigarramiento y complejidad y disminuyendo en nitidez de nivel a nivel, como cuando uno mira hacia el fondo en un mar de aguas cristalinas que se van enturbiando a medida que aumenta la profundidad. Pisando con cautela —je je y acá no ponemos vidrio y vas a ver cómo más de un gil confiado de repente siente el aire...— recorrí varios paneles, haciendo las pausas sobre los más tranquilizantes nidos de vigas. Esta oficina constituía, aparentemente, el punto de visibilidad máxima, el único desde el cual todo el resto se hacía transparente; el único, en otras palabras —advertí con asombro— sin espejos. Era difícil decidir qué resultaba peor, si el caos enloquecedor de allá abajo, o este orden insoportable en que terminaba resolviéndose visto desde esta perspectiva de ventaja.

—Permanezca de pie, por favor —me dijo en tono de quien invita a tomar asiento el guardaespaldas, de cuya presencia me había momentáneamente olvidado; y deslizándose sin temor por los hilos de su tela tendida sobre el vacío se introdujo en un minúsculo cuartito lateral, cuya puerta transparente al pasar él giró sobre sí misma, volviendo hacia mí su cara espejada.

No me había dicho nada de no caminar, y como pasaban los minutos y me aburría lo hice hasta el imponente escritorio, medio anillo de grueso cristal templado hincado en tres soportes de roca viva, emplazado en el centro de la habitación.

En uno de sus extremos se desplegaba una pequeña ciudad de monitores y pantallas de video, terminales de computadoras, centrales telefónicas y de fax, impresoras que cada tanto consumían murallas de papel continuo con cantos de cigarra. La otra mitad del gran arco estaba destinada a objetos más personales: un rebenque exquisitamente incrustado en plata labrada al estilo criollo; una bandeja de piedra negra llena de arena blanca rastrillada en formas sinuosas y armónicas alrededor de tres pequeñas rocas grises; un bonsai de ombú muy bien logrado, excepto por las hojas, que eran casi de tamaño natural —todos los bonsai de ombú fallan en eso—, asentado sobre una réplica asombrosamente fiel de la pampa, sin alambrados. Lo que más me llamó la atención fue un prisma de acrílico del tamaño de un lingote de oro, con un objeto largo y opaco en su interior. Debía tener unos treinta centímetros de largo y el grosor de mi muñeca, era algo romo en un extremo —con un relieve de cantos rodados— y levemente puntiagudo, con una colita, por el otro; de color uniformemente café y aspecto rugoso. Lo levanté a la luz, rotándolo entre mis dedos para poder apreciar mejor su cambiante brillo irisado. Qué curioso, pensé, viéndolo así cualquiera diría que se trata de...

—Un sorete.

Me di vuelta sin sobresaltarme, todavía sosteniéndolo en la mano. Efectivamente, tenía razón. Lo contemplé admirado. Un trabajo realmente impecable. Ni una burbuja, ni una rebarba que interrumpiera el engarce perfecto entre el medio cristalino y el opaco. Se lo alcancé sonriente al señor Tamerlán.

—Una pieza admirable.

—Y útil —me contestó—. El que lo deja sobre el escritorio con asco cuando se da cuenta habrá hecho poco para merecer mi estima. Es un detector. Aunque lo sepan de antemano y

vengan preparados, algo los traiciona. Yo leo el lenguaje del cuerpo, y la mano que sostiene el sorete nunca miente.

Lo elevó en el aire, haciéndolo girar entre sus dedos hábiles para apreciar mejor la pureza del tallado. Luego, por primera vez, me miró.

–Usted ha pasado la prueba.

–¿Y si no lo hubiera hecho?

Él había apoyado el lingote contra la mejilla para sentir su frescor, y cerró los ojos soñadoramente. Unos ojos azules como la llama de un soplete.

–Una vez, alguien lo dejó caer –acarició con la uña una muesca imperceptible en una de las esquinas. Tenía las mejillas sin afeitar, y la camisa de seda color ópalo fuera del pantalón y colgando sobre su vientre abultado. Se rascó bajo la tela.

–¿Qué le pasó?

–Como comprenderá, no se trata de cualquier sorete –lo devolvió al escritorio sin soltarlo, apoyando todo su peso en él–. Tiene para mí un gran valor sentimental. Podría decir que vale su peso en oro, si no fuera porque su valor es incalculablemente mayor. No se moleste en arriesgar una cifra. Todo esto que ve, mi castillo, nació de él, como de una semilla puesta a germinar. En primer lugar, debo aclarar que se trata de *mi* sorete, hecho con mi cuerpo, mi sangre, mis células, mis intestinos; esta máquina perfecta, incomprensiblemente compleja. Cualquier proceso industrial resulta elemental y primitivo ante la asombrosa complejidad que se tuvo que poner en marcha para producirlo. Ni aun su computadora más avanzada podría simular remotamente este milagro que nuestro cuerpo realiza en silencio, con humildad, todos los días. Pero no estamos hablando de cualquier día, ni de cualquier sorete. Es el recuerdo imborrable de aquella noche lo que se preserva aquí dentro. Este prisma es el arcón de mis

recuerdos más preciados. Como ha sabido apreciarlo, lo abriré para usted. Mi socio; usted habrá oído hablar de él. Me llevó años. No fue algo sencillo, como para los de su generación, quebrar los códigos y alterar la realidad pulsando una serie de teclas, sin ensuciarse las manos. No. Fue largo y penoso y complicado. Primero, tuve que alejarlo por algún tiempo, para que el manejo de Tamerlán e hijos —tenía otro nombre entonces— quedara temporariamente en mis manos. Después tuve que hundirme hasta las narices en papeles, papeles, papeles, y convencer a personas, personas y personas, vendiendo barato y comprando caro, pagando favores que no había recibido y prestando servicios a quienes no merecían más que un tiro de gracia en la cabeza. Nunca me rebajé a tanto, nunca tuve durante tantos días y noches sin interrupción el gusto de la humillación en la boca, pero valió la pena, lo saboreaba con placer, porque era la última vez. Cuando lo logré, cuando el control de la empresa había pasado imperceptiblemente, como una balanza que se inclina apenas, pero indudable y definitivamente, a mis manos, lo festejé con una gran cena, a solas. En el transcurso de la cena —iba por el postre, creo— me enteré de que había muerto. Entonces, sólo entonces, mandé traer el cáliz y la bacinilla, la pelela digamos, pero como la había mandado bañar en oro especialmente para la ocasión la primera denominación me agrada más. El oro, señor Félix, ha sido el origen de la fortuna familiar, que se remonta a mi padre apenas. Cuando llegamos a este país, los dos solos huyendo de una Europa devastada y hostil, la traíamos entera con nosotros. La mayor parte se gastó enseguida, para establecer en la nueva tierra las raíces del imperio que ahora puede contemplar desde esta altura, pero una ínfima cantidad decidimos guardarla de recuerdo, para nunca olvidar nuestros orígenes, en el cáliz con el que brindé por mi triunfo esa noche

como ninguna. El fondo del cáliz estaba lleno de pepitas de oro, digamos, que habían pasado como una antorcha a mis manos cuando un accidente se llevó la vida de mi padre y me entregó inerme en las manos de su socio, el mío hasta esa noche, que había aprovechado mi dolor y mi juventud para poner sus manos ávidas sobre todo, incluso sobre mi cuerpo, respetándome apenas el cáliz. Me bebí su contenido de un trago, bajándolo con el champán más caro que pude conseguir, y sentí como un placer nunca experimentado antes y casi inconcebible para quien no lo ha vivido en carne propia las pulidas y acariciantes pepitas de oro puro bajar por mi garganta a mi estómago como por el lecho de un arroyo de aguas cristalinas. Unas horas después, y por primera vez en años, en los años que había vivido atenazado por la relación con ese monstruo, cagué aflojando todos los intestinos, cagué ese magnífico y prolongado sorete que usted ahora observa en lugar de las tímidas bolitas constipadas que siempre caían en el agua del inodoro con ese ruidito a cantos rodados que me hacía saltar a los ojos lágrimas de humillación.

Los abrió para mirarme.

—Mi hijo mató a alguien —dijo—. En esta misma habitación. Lo arrojó por esa ventana —dijo señalando la que estaba inmediatamente detrás de mí— hace cinco noches. Para explicarle cuál va a ser su trabajo —dijo— le ha sido otorgado el privilegio reservado a unos pocos. Penetrar hasta el corazón del diamante.

Pensé que era momento para mostrar que era digno del honor que se me concedía.

—Quiere que borre todos los datos de los archivos de la policía. Que entorpezca la investigación. Es fácil. Pero hay muchos que podrían hacerlo.

—Usted es una basura de persona, ¿no?

—¿Perdón?

—Tiene ojos de insecto. Ojos muertos, solamente conectados al cerebro. Los ojos de los vivos pulsan con los latidos del corazón, se prenden y se apagan. Los suyos, no. Tienen una frecuencia mecánica, constante. *Zzzzzzzzzzzzzz*. Un zumbido continuo. Como los míos. Como los de mi hijo. Por eso obligo a mis menos afortunados empleados a usar anteojos espejados frente a un inferior. Los hace más despiadados.

—En la guerra... —comencé.

—No tengo tiempo para teleteatros —interrumpió dándose vuelta—. Además, eso no fue una guerra. En una guerra de verdad se hacen y se pierden fortunas. Si fuera tan fácil —continuó, sin avisarme que nunca habíamos abandonado el tema inicial— ya lo habríamos hecho nosotros. No se puede entrar por la red. Hace falta ir personalmente, hacerlo con sus mismas máquinas. Se imagina que no le hablo de la policía. ¿Empieza a entender? Ahora sí, hámbleme de su guerra y quizás lo escuche. Sé que no ha perdido sus contactos.

—Hace diez años que no...

—Hace dos años hubo una epidemia de sumas que se esfumaban de los cajeros automáticos. El trabajo de un ladrón electrónico, impecable. Y la cuenta de un misterioso fondo patriótico empezó a abultarse milagrosamente. A alguien se le ocurrió comparar fechas y cifras. Pero todo se arregló en secreto, y nadie fue a la cárcel.

—Yo sólo cumplía órdenes. Y todo el dinero fue devuelto —aclaré.

El señor Tamerlán no me estaba escuchando. Había sacado un cigarro puro de un cajón transparente y ahora lo apoyaba sobre el prisma de acrílico donde el sorete iniciaba su sueño de siglos como un insecto en ámbar. Traté de adivinar en el destello sugestivo de una u otra irregularidad la presencia secreta

de las pepitas de oro, pero por fuera resultaba indistinguible de un sorete de pobre, digamos. Indiferente a mis estiradas de cogote, el señor Tamerlán comparó los largos y con una guillotina de plata cortó el extremo sobrante del cigarro y luego lo mascó antes de encenderlo. Todo el acto tenía un aire tan ritual que seguramente lo hacía para que su interlocutor imaginara los objetos intercambiados y saliera dando arcadas: otra prueba que pasar. Dio largos pasos, midiendo sus dominios, y se paró frente a la ventana del crimen, recortado en una silueta de fotomontaje contra la franja metalizada de río. En el telón de fondo del paisaje congelado sólo se movían un barco carguero lento llegando desde el mar y las topadoras amarillas que empujaban, doblando los totorales en su avance de glaciación, las montañas de basura contra los bordes de la reserva ecológica.

—Las topadoras —dijo sin explicarse, y permaneció callado, observándolas.

—¿Son tuyas?

—Sí —contestó absorto, hablando con otro. Exhaló una bocanada rica en humo azul. Recordó mi absurda presencia. Por primera vez sonrió—. Mías, sí. Un recuerdo de infancia.

—Una familia de constructores —arriesgué.

Me contempló unos segundos sin hablarme. Entendí lo que debían sentir sus altos ejecutivos, acostumbrados a usar anteojos espejados todo el tiempo, cuando debían sacárselos en su presencia.

—Treinta pisos —dijo finalmente, exhalando. Se me estaba pasando el asco y miré con envidia su gran puro, empezando a desear que me ofreciera uno a mí—. El cuerpo cayó treinta pisos y dejó un cráter en el césped nuevo. Tuvimos que cambiarlo. También el vidrio. Desde allá —señaló— lo vieron todo. Él lo hizo a propósito. Para que todos lo vieran.

Seguí la línea que trazaba su dedo. Filoso como un cuchillo dispuesto a cortarlo, el borde recto de la torre de planta avanzaba sobre nosotros. Retrocedí unos pasos, tan fuerte fue la sensación de verla venírseme encima. Si había gente ahí adentro cuando Tamerlán hijo empujó al otro a través del vidrio lo deben haber visto tan claro como por tele en el living de casa.

Hizo un gesto despectivo hacia nuestra vecina.

—El plan de las dos torres fue de mi socio, que en paz descansase su cerebro tan lleno de ideas brillantes; nunca llegó a verlas empezadas. Pensaba que simbolizarían nuestra sociedad; a mí por supuesto me tocaba aquella, la más pobre. En honor a su memoria respeté ese aspecto del proyecto inicial, ya que se adaptaba muy bien a la que planeaba para mis dos hijos, y como a él, el destino me gambeteó: mi hijo mayor murió antes de poder verlas terminadas, y ahora es su abyecto hermano, al que sólo le faltaba convertirse en asesino, el que se quedará con todo. La mayor parte de esa la tenemos alquilada, pero a medida que se termine el proyecto de la nueva capital la iremos recuperando nosotros. ¿Ha visto la maqueta?

Contestara sí o no, era evidente que me tocaba hacerlo ahora. Miré hacia donde me indicaba. Como una ciudad de cuento oriental, una nueva Buenos Aires, torneada y minuciosa como esas esculturas chinas en colmillo de elefante, se erigía en un halo de luz en la otra punta de la enorme habitación. En la maqueta, las construcciones de la nueva ciudad irradiaban desde las torres de Tamerlán hacia los cuatro puntos cardinales una capa de jardines pulcros como canchas de golf, de los cuales emergían aquí y allá, como cortesés obstáculos del juego, los diversos grupos de edificios: hacia los restos de la vieja city la nueva zona financiera y empresaria, de construcciones diáfnas y etéreas cobijando bajo cúpulas de vidrio

cascadas estanquitos y arboledas tropicales, continuándose hacia el norte en centros de convenciones, exclusivas barrancas artificiales sobre el río para las embajadas y finalmente barrios privados de calles sinuosas con barreras y casetas de vigilancia (hasta podían distinguirse adentro, para la tranquilidad subliminal de potenciales compradores, los fieros doberman y los guardias con escopetas). El sur contenía lo que podría llamarse el área pública: cuatro shoppings de jardines colgantes conectados entre sí por rampas aéreas, desafiando a las familias a agotarlos en un solo fin de semana; cines, museos, anfiteatros y paseos públicos, un mundo marino y un parque de diversiones para reemplazar al reciente desaparecido Itaipark. La marina, por último, ocupando el espacio entre la cadena de diques y la costa, incluía una cancha de polo y una de golf, muelles erizados de veleros blancos a los que se accedía directamente desde las oficinas, lagos artificiales y playas de arena blanca. No había que mirar demasiado para darse cuenta de adónde iría a parar la reserva ecológica; sus pantanos llenos de víboras y sapos convertidos en jardines principescos por el beso del señor de la comarca. Cuyo reflejo me encontré, hierático como un emperador bizantino, en el mosaico de espejos de las dos torres, que refulgían clavadas en el centro de la maqueta como los estandartes de un conquistador arribado a estas costas a fundar otra vez la ciudad.

—Usted no tiene idea de lo que está sucediendo —aseguró, alzando los brazos para parecer más alto—. Las topadoras lo están preparando. La Tercera Fundación de Buenos Aires. La ciudad del Tercer Milenio. No permití que un presidente con vocación de fracaso se llevara en un patético raptó de megalomanía la capital lejos de mí, cuando mis brazos ya estaban abiertos para estrecharla contra mi pecho. Menos permitiré que veinticinco personas que no supieron mirar para el otro

lado en el momento indicado pongan en peligro este sueño. Esos nombres, con todos los datos que correspondan, son los que usted retirará de los archivos de Inteligencia y me entregará. A cambio...

—¿Cómo sabe que los tienen ellos? —interrumpí—. Su hijo... —dudé, cambié—. Si se trata de un delito común...

—Nosotros no cometemos delitos comunes —dijo frunciendo los labios con desprecio— y es a mí a quien buscan. Tratarán de acabar con la reina para jaquear al rey. Tengo suficientes influencias como para que por ahora todo se mantenga en secreto. Pero sé que están investigando, para que, cuando llegue el momento, tengan algo para usarlo en mi contra, o quizás en contra de él, cuando me suceda —lo saben más apremiable.

—¿Qué va a hacer con ellos?

Alzó los brazos al cielo, trazando un arco de cenizas centelleantes.

—¿Qué pregunta! ¿Qué puede uno hacer? Si me deshago de ellos, vendrán otros a ocupar sus puestos. Al renunciar a hacer todo uno termina dependiendo de la servidumbre. Y ellos van atesorando sus secretos, creando un muñeco vudú con los restos recogidos del piso, y luego con ese muñeco creen que pueden influir...

—Me refería a los testigos —aclaré, caminando dos pasos detrás suyo rumbo al escritorio.

—¿Qué con ellos?

—¿Para qué quiere los nombres?

—Para sobornarlos. Les daré dinero, visas de trabajo en los Estados Unidos, puestos en el gobierno. Cuando mis enemigos los necesiten, no van a encontrar ni uno. Voy a averiguar quién es cada uno, qué necesita para ser feliz, y dárselo. Como Papá Noel. Será fácil y barato. Sólo los perdedores asisten a esas reuniones —dijo, sentándose en su trono giratorio.

—Lo interrumpo —dije, haciéndolo—. ¿De qué reuniones me habla?

—¿No pregunta demasiado?

—Si voy a tomar el trabajo...

—Si escuchó todo esto, no tiene más remedio. Las reuniones —prosiguió— son de uno de esos sistemas de venta piramidal. Pequeños estafadores. Alquilan las oficinas más lujosas por unos meses, hacen pagar fortunas a un montón de incautos infradotados buscando invertir sus ahorritos, y los llenan de productos caros e inservibles que no van a poder encajarle a nadie. *Surprises from Spain*, creo que se llaman estos. Se vinieron para el Quinto Centenario. Hace unos días empezaron con la maldita carabela, allá afuera, para la Expoamérica 92 —amagó reírse, escupiendo aire por los labios cerrados—. ¡Qué bajo hemos caído! Pero tenemos que financiar la tercera fundación, y me parece natural que como en las dos anteriores se pongan los españoles.

Miré. Sobre el borde del dique, como si una vez terminado quisieran botarlo en esa bañadera hinchada, se podían ver las costillas arqueadas de un barco de madera, corto y extrañamente rechoncho, y varias diminutas figuras móviles empezando a recubrirlas con tablones. Así que esa era la Santa María. Adónde llegará esta vez, me pregunté, viéndola crecer ante mis ojos, y luego me volví hacia Tamerlán, que impaciente dibujaba sobre la arena unas cosas que parecían pijas paradas entre las rocas de su jardín Zen.

—La computación gráfica me enerva. El día que logren simular una quietud como esta... Le he puesto precio.

—¿Al jardín?

—A usted. Cien mil dólares.

Varias veces me habían dicho que en Estados Unidos yo podía valer eso, o más. Pero era la primera vez que me hacían

una oferta concreta. Traté de convertirla mentalmente en un dato abstracto, una cifra de apenas seis dígitos en la pantalla de mi cuenta bancaria, en algo que se podía borrar apretando una tecla. Todo porque sentía que con ese número me sacaba el sí de la boca con la facilidad de una dermatóloga haciendo saltar un barrito entre la yema de los pulgares; porque la cifra era más de lo que puede hacerse a un lado con el pensamiento, más de lo que podía abarcar mi poder de decisión. Cien mil dólares eran suficientes para pensar por mí.

—No necesita contestarme ahora —prosiguió la voz de mi dueño—, ni después, porque ya sé la respuesta.

—No esperaba tanto —fui sincero.

—Usted no tiene motivaciones en la vida —afirmó—. A alguien así no se lo puede tentar con la imagen de los bienes materiales o la seguridad que la plata le procuraría temporalmente. Sólo la presencia pura y bestial del dinero logra impresionarlo. Y el dinero adquiere esa pureza sólo en grandes cantidades.

Había dejado de jugar con el rastrillo Zen, se había sentado, formando con los dedos entrelazados una pirámide sobre el prisma de acrílico, el cigarro humeando en la cúspide como el cráter de un volcán.

—Parte de la suma irá por adelantado. Veinticinco nombres —precisó— le conseguirán el resto. No importa cómo los consiga. Uno sólo que falte —y por el tono de su voz imaginé lo que seguía— puede significar la ruina de mi hijo, y, con toda seguridad, la suya.

Con la guillotina de plata, cuidadosamente, cercenó una hoja de ombú que había crecido más allá de lo aconsejable. La hoja cayó gruesa y vigorosa sobre el vidrio del escritorio. La tomó entre pulgar e índice, haciéndola girar sobre sí misma, una llama verde surgida de la fricción de sus dedos.